

15 de Noviembre de 1908. Año V. N.º 118.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.º, entr.º Apartado en Correos n.º 445.

Las máscaras rojas

El nigromántico y el baile del casino.—Buena fortuna.—La predicción.—Historia de un robo. ¡La bolsa ó la vida!—El desenlace.

I

El nigromántico.

En Niza, último refugio del carnaval, la fiesta se presentaba espléndida, sucediéndose los bailes unos á otros.

La noche en que se desarrolló el drama que vamos á referir (extractado de las notas del inspector de Policía H...), el salón del casino presentaba soberbio aspecto. Bajo la luz de potentes focos, una infinidad de máscaras, en que abundaban los pierrots, colombines, dominós, etc., bromeaban con los hombres, sacando á relucir las interioridades con frases no siempre correctas y lanzando esas injurias y ofensas que únicamente son capaces de lanzar las mujeres, valiéndose de que tienen la cara tapada y de que en carnaval está todo permitido.

En medio de aquella baraunda, una máscara iba y venía grave y silenciosa, como correspondía á su disfraz. Llevaba una túnica negra, salpicada de estrellas plateadas y un gorro puntiagudo, cubierto también de estrellas. Una larga barba blanca ocultaba gran parte del rostro.

Si el personaje se encontraba en el local con el propósito de divertirse, su actitud no lo demostraba.

Marchaba lentamente, dirigiendo la vista á derecha é izquierda.

La animación iba en aumento.

El astrólogo se sentó cerca de cuatro dominós exactamente vestidos de color rojo, con un lazo en un hombro de idéntica forma.

—¿Está hecho?—dijo uno de ellos.

—Sí... vendrán.

—Bien... no hablemos más.

—Es lo más seguro.

Casi al mismo tiempo de pronunciar estas palabras, otros tres dominós iguales se acercaron al grupo. Iban acompañados de dos señores vestidos con traje veneciano, y desfiguraban sus fisonomías sendas narices de cartón.

—Señores—dijo uno de los dominós, cuya voz denotaba pertenecer á persona de sexo femenino—, os presento á sir Maristhon, el rey del plomo, y al honorable sir Limster, que el *trust* de heridos de América hizo célebre.

Las máscaras á quienes se hacía la presentación se levantaron.

—Estos señores—continuó la mujer—aceptan cenar en mi casa esta noche, y hemos convenido en que no se quitarán los disfraces hasta que termine la comida. Dentro de una hora los automóviles les dejarán en mi villa, y os ruego tan sólo me permitáis el que os preceda algunos instantes.

—Es muy natural—respondió uno de los enmascarados.

El astrólogo no había perdido ni una sílaba de la conversación, aunque las frases habían sido pronunciadas en voz baja.

El astrólogo se había fijado en que todos los dominós llevaban sobre el hombro izquierdo un lazo de color verde, puesto indudablemente con el propósito de poderse reconocer en aquella baraunda. De una cartera, arrancó



una hoja de papel, escribió unas palabras y guardó lo escrito en un sobre.

La mujer enmascarada dejó á sir Maristhon y á su amigo Limster con los otros dominós y desapareció.

El grave astrólogo se había levantado también y siguió los pasos de la máscara, procurando no perder de vista al dominó rojo.

Al salir del salón, se adelantó el mago, y cruzándose con ella, hizo caer la barba con un movimiento brusco y se dirigió á la mujer diciendo:

—Querida señora, ¿me habéis reconocido?

—No, señor.

Ella trató de marcharse.

—Tengo prisa... Tengo recepción.

—Muy bien —dijo el astrólogo—; iba justamente á suplicaros que me invitaseis, porque estoy íntimamente unido á Limster y á Maristhon, y puesto que en tiempo de carnaval están admitidas todas las locuras, os pido me lo concedáis; he ideado una broma que seréis la primera en reir, tengo la seguridad de ello... Pero permitidme que me presente... John Camestown, de Chicago...

—¡Ah!—dijo la mujer; y á media voz añadió:—¿Me habré engañado?

El adivino continuó su presentación sin parecer haber notado la excitación de su compañera.

— Os prometo que nos divertiremos y veréis cómo mis amigos se ríen también cuando les diga la buenaventura.

—Pero, señor, me sois desconocido por completo y vos no me conocéis tampoco...

—¿No estamos en carnaval, el tiempo de las intrigas?

—Sí... pero...

—Os lo ruego... Aceptad... ¿No querréis que haga uso de la fuerza?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en tono amenazador. El astrólogo había cogido el brazo de la máscara y la arrastraba hacia fuera.

—Venid—dijo—; en vuestra casa hablaremos.

Ella hizo un gesto de disgusto.

—Sea, señor; pero puesto que pretendéis poder decir la buenaventura, no creo que una intrusión de ese género sea lo más acertado, intrusión que no quiero calificar.

—Tenéis razón, querida señora.

—¿A qué un escándalo? Pero os prevengo que mi marido, que por cierto se encuentra en el grupo á que he presentado á Maristhon y á Limster, os pedirá cuenta de vuestra conducta para conmigo en estos momentos.

— Sois muy amable al prevenirme; yo soy hombre capaz de dar toda clase de excusas á vos y á vuestro marido... pero no perdamos tiempo. Haced llamar á vuestro carruaje.

A una orden del dominó, un cazador hizo adelantarse un soberbio automóvil, en el que subieron las dos máscaras.

—A casa—dijo la mujer al *chauffeur*.

Camestown, deslizando una pieza de cien sueldos al cazador, le dió el sobre, diciendo:

—A esa dirección, en seguida.

II

Buena fortuna.

El auto se deslizaba silenciosamente por las calles. El astrólogo se había aproximado á su compañera y pasado su brazo alrededor del talle.

—¡Ah!—dijo con una voz que aparentaba una emoción real—¡Si supiérais qué dichoso soy en este momento!... Sí... no me respondáis; escuchad á un hombre que desde muchos días os sigue los pasos, esperando tan sólo la ocasión de que llegase el momento de estar solo con vos.

—Pero...—murmuró el dominó—¿vos creéis que puedo tolerar vuestra actitud?

—¿Por qué no?

—Mi marido...

—Vuestro marido no nos estorbará esta noche.

—¿Qué sabéis?

—Antes de abordaros, había tomado mis precauciones.

—¡Mentira!

—No me parece eso muy correcto.

—Vuestra odiosa conducta no merece otra cosa.

—Esta cólera os hace más encantadora. Adoro la lucha.

—¡Esto es inaudito! ¡abominable!

—¡Oh! ¡qué palabra tan gruesa! Decid que es una intriga solamente, querida mía. En tiempo de carnaval, lo repito una vez más, es moneda corriente, y yo me había jurado aprovechar la primera ocasión para conoceros.

—No llegaréis á ver mi cara por completo.

—No importa. Permaneced encubierta... Desde luego, en vuestra casa os sorprenderé diciéndoos quien sois.

—Tengo curiosidad por verlo—dijo ella riendo; pero su risa denotaba cierta intranquilidad.

—Veréis cómo habéis tenido razón en no hacer resistencia á mis deseos y que cuesta caro desobedecer á los magos. ¡Está muy lejos vuestra casa!

—Llegaremos pronto.

El mago y el dominó guardaron silencio algunos minutos, durante los cuales el auto continuó su marcha hasta que traspasó una verja dorada y se detuvo, después de avanzar por un precioso jardín.

El astrólogo descendió el primero; pero antes de dejar el vehículo había cogido una mano del dominó.

Se hubiera dicho que temía que su compañera se escapase.

Cuando saltó ella á tierra, dijo al *chauffeur:*

—¡Vivo, al casino y traes aquí á los señores! —Y dirigiéndose al adivino:—Venid, señor, y cuidad de que esta aventura no termine mal para vos.

—Los astros no me anuncian ningún peligro—respondió.

—Si no me habéis mentido...

—¡Oh! todavía...

—Si realmente sois amigo de sir Maristhon y master Limster.

—Lo soy realmente, creedlo, y por eso es por lo que os he obligado (y os daré todas las excusas imaginables) para contarme entre ustedes.

Entraron en la casa. La mujer abrió la puerta y dando vuelta á la llave de la luz eléctrica, quedó iluminada la estancia.

—¿No tenéis criados?—murmuró el astrólogo.

—No; la comida se ha encargado á un restaurant y debe llegar en seguida; la servirán los criados del mismo restaurant. Mis criados tienen permiso para disfrutar del carnaval.

—Y ¿no tenéis miedo, aquí, sola?

— Yo no temo nada, ni aun á vos.

—¡Oh! ¿Os encontráis con energías? Vamos, vamos, firmemos un armisticio. Tenemos toda la noche aún para hacernos la guerra y espero poder conduciros por la mañana á Niza para que encontréis á vuestro marido y á sus amigos.

—¡Os burláis!

—Dejemos eso y recibid mis cumplidos. Vuestra villa es soberbia. He aquí un comedor del más puro estilo; una mesa magnífica. ¡Oh! ¡qué vajilla de plata! No le visto sino una parecida en casa de mi amigo el duque de Valgrange, cuyo hotel fué desvalijado hace precisamente seis meses.

Y al hablar así, el mago fijaba su escrutadora mirada en el dominó. Bajo la máscara había reprimido ésta un estremecimiento.

—¡Ah!—dijo ella—tenéis un modo muy particular de dirigir los cumplidos... Sí, en efecto; esta vajilla fué encargada al mismo artífice que construyó la de vuestro amigo el duque. Pero sentaos, puesto que tenéis tanto que hablar. La comida vendrá en seguida.

—Y comeremos solos; ¡será delicioso!

—Mientras, me permitiréis que os ofrezca un poco de Madera; lo tengo excelente.

—Eso no se rehusa, sobre todo cuando se ofrece tan graciosamente.

III

La predicción.

Ella se levantó y buscó dos copas de cristal de Bohemia, que colocó en una bandeja y continuó hablando:

—Vamos, es verdad; habéis dicho que mi marido no

vendrá .. ni sus amigos...; pero esa jugarreta, de la que van á ser víctimas vuestros amigos Maristhon y Limster... Y... esta buenaventura...

—Os la diré... Ensayemos... Estoy sorprendido...

El astrólogo no perdía ninguno de los movimientos de la mujer y la vió sacar del bolsillo, debajo del dominó, un frasquito, del que vertió unas gotas en una de las copas. Esto fué rápidamente; pero oyó de pronto una risa sarcástica y se volvió rápidamente.

—¿De qué os reís?

—Del aspecto que deben tener en este momento vuestros amigos.

Ella colocó la bandeja sobre la mesa, después de llenar las copas de vino de Madera.

—Tened... mal amigo .. bebed... Es de 1860 auténtico.

—Lo he bebido en casa del duque de Valgrange... Famoso vino, en efecto. Y tomando la mano de la mujer, siempre enguantada, siguió:—Antes de beber á vuestra salud, á vuestra gracia, el pobre nigromántico quiere deciros la buenaventura; ¿queréis quitaros el guante? En vuestra mano leeré el pasado y el porvenir

Sin esperar á que ella obedeciese, desabrochó los botones del guante y apareció la mano de la mujer: una mano fina, elegante, á cuyo dedo del corazón faltaba una falange. Con el guante no se veía este defecto.

Delante del dedo cortado, el astrólogo no pudo reprimir una exclamación.

—¿Qué os pasa? - preguntó el dominó.

—Esta mano tan linda—contestó reprimiendo su emoción - y mutilada. .

—Siendo muy joven, me mordió un perro y hubo necesidad de amputarme la falange.

—¡Veamos la mano! ¡oh! ¡oh! lleváis una existencia en extremo agitada. Aquí hay un signo de desgracia. Estáis destinada al encierro, mi pobre amiga.

—¡Yo!

—Sí, sí, y en vuestro pasado algunos puntos...

Ella retrocedió un poco y después dijo con amabilidad:

—Bebed; dejemos la buenaventura... Yo no creo en ella y quiero mejor recibiros ahora como amante.

—No, no bebo, ó cambiaremos de vaso envenenado.

La máscara y la barba del astrólogo cayeron al suelo y la mujer lanzó un grito:

—Tanto peor, puesto que lo has querido, H... No me había engañado cuando te quitaste la barba en el casino.

Era el propio inspector H .., ya varios días en Niza buscando á la gente de la banda del bello Víctor.

Había una sonrisa algo cruel en la exclamación de la mujer. La vió abrir un cajón y sacar de él un revólver.

Pero por rápido que fué el movimiento, el inspector lo había previsto. De un fuerte puntapié en el brazo, cayó el revólver al suelo y apoderándose de una servilleta, intentó sujetarle los brazos.

La mujer era vigorosa. Resistió por todos los medios imaginables, pero él logró reducirla á la impotencia. La quitó la máscara roja, hizo caer la capucha que ocultaba la cabellera...

—¡Vamos, Armanda Belnot; vamos, *Diana de Bellamora!* ¡Abajo las máscaras! Tenía razón en predecirte el encierro para el resto de tus días: Rennes ó Montpellier. Ya me figuraba quiénes serían los del golpe en casa del duque de Valgrange. Y sin duda porque sabíais que seguía las huellas, fué por lo que tratasteis de suprimirme. Mi colega lo ha pagado bien caro, estando tres meses en el hospital con un pulmón atravesado. Dichosamente para Maristhon y Limster, he tenido la idea de asistir al baile y apercibirme de vuestras combinaciones. Muy bien vuestro disfraz, pero peligroso; habiendo Policía alrededor deberíais haber previsto esto. Armanda Belnot, vuestros cómplices deben estar á estas horas á buen recuando. He hecho pasar una notita al jefe de la Seguridad de Niza dándole cuenta de vuestros disfraces, muy fáciles de conocer, por otra parte. Habría podido desde luego haceros detener; pero tenía otro plan. Vuestro dedo cortado y algún que otro indicio eran las únicas señales que tenía para buscar á los desvalijadores del hotel de Valgrange. La desgraciada mujer del conserje, que salió medio estrangulada de vuestras manos y que no ha muerto, afortunadamente, ha podido decirnos que luchando contigo había cortado un pedazo de tu dedo. Ahora todo marcha bien.

Después de este palique y una vez bien sujetos los brazos de la mujer, murmuró:

—¡Levántate!

La voz era imperiosa y ella obedeció.

—Vamos á subir á tu habitación, y ni un grito, porque entonces puedes contarte entre los muertos.

Ella marchó delante de él y le condujo al primer piso. H... abrió una puerta y se encontraron en un dormitorio suntuoso, alumbrado por una luz eléctrica encerrada en un globo de cristal rosa.

—¡Oh! He aquí hasta mañana una prisión deliciosa. Aprovecharé las horas que nos quedan de noche para hacer un ligero inventario. Tened la amabilidad, *señora*, de tenderos en el lecho. Es verdaderamente cómodo trabajar contigo.

Y hablando así, arrancó las cortinas de la cama y amarró sólidamente á la mujer.

De pronto se sintió la bocina de un automóvil.

—¡Ah! - dijo Armanda. - Vienen. Tu golpe ha fallado, H... Mátame, si no quieres verte vencido. Víctor se encargará de agujerearte la piel.—Y al decir esto empezó á lanzar gritos.

—¡Te callarás, perra!

Ella siguió gritando y él entonces improvisó una mordaza con un trozo de cortina.

Después se acercó á la ventana y apercibió en la verja de la villa un gran automóvil.

Del carruaje saltaron cinco dominós rojos con dos hombres, en los que reconoció á los americanos. Todos entraron en el jardín riendo y cantando.

—¡Dios mío! - murmuró H...—¿Si el *groom* del casino no habrá llevado la carta á la Policía?

Tuvo un segundo de duda.

—La mujer está segura; pero ellos van á buscarla, como es natural, y es preciso que no la encuentren.

De pronto le atravesó una idea el cerebro.

—¿Por qué no? - murmuró. - Con esta máscara y este dominó podré engañarlos, y cuando noten la substitución veremos cómo salimos del atolladero.

Abajo había cinco bandidos y dos caballeros, pero dos caballeros borrachos á quienes atraían á aquel lugar con la ayuda de Armanda para despojarlos y matarlos quizá. Para luchar con ellos no había que contar con la ayuda de los americanos, por el estado en que se encontraban.

Lo mejor era esperar los acontecimientos y no buscar camorra en seguida.

—Pero - pensaba el inspector—si hablo verán en seguida que no soy Armanda. ¡Bueno! La inspiración llegará cuando sea preciso.

Hizo un paquete con su túnica de astrólogo, su barba y las melenas y se enfundó el dominó de Armanda, la capucha y el antifaz.

Bajo la pelerina podía disimular las manos.

Dos revólvers había sobre la mesa de noche del dormitorio y H... los guardó en el bolsillo.

—¡Es un arsenal esta casa! Bueno; pero ya dispongo de diez y ocho balas y es suficiente.

Dejó á la mujer medio sofocada, tratando de desasirse. H... cerró la puerta cuidadosamente y se marchó.

Bajo la careta, el policía sonreía.

La aventura no dejaba de ser original.

IV

¡La bolsa ó la vida!

La rapidez con que se han desarrollado las anteriores escenas nos ha impedido dar ciertos detalles de importancia para los lectores.

Tres meses antes de los sucesos que estamos relatando, el hotel del duque de Valgrange, situado en el parque de Monceau, en París, había sido completamente desvalijado por unos audaces ladrones.

El duque hacía un crucero en su yate por el Medite-

rráneo y había dejado el hotel bajo la custodia del conserje y su mujer, jóvenes recién casados.

El robo se había cometido en la siguiente forma:

Una mujer, elegantemente vestida, la bella Armanda, había llamado á la puerta del hotel.

El portero abrió, naturalmente.

—Señor—dijo ella, que no podía inspirar sospecha alguna—, hay fuego en las guardillas de la casa.

La dama quedó sola con la mujer del conserje, saltó de pronto al cuello y se entabló una lucha furiosa, en la que, como hemos dicho anteriormente, Armanda perdió la falange de un dedo. Pero la ventaja estaba de parte de esta última; sin perder un instante abrió la puerta cochera para dar paso á seis hombres que conducían un carruaje.

El conserje, convencido de que la alarma era injustificada, llegaba en el momento en que la puerta se cerraba.

Su asombro fué tal, que no pudo articular palabra.

En un segundo fué agarrotado como un salchichón y echado en la portería con su mujer medio muerta, á la que amarraron también piernas y brazos por precaución.

En seguida, aprovechando admirablemente el tiempo, registraron toda la finca, y á las tres de la mañana salían tranquilamente conduciendo en el carricoche infinidad de riquezas.

La Seguridad se puso en campaña al día siguiente; pero los bandidos habían tenido tiempo de huir. Llevaban veinticuatro horas de ventaja. Aparte de la falange cortada, no había ningún otro indicio que pudiese servir para designar á los autores del robo.

Por intuición, el inspector H... señaló al bello Víctor como autor del hecho, nombre del jefe de esta banda. La mujer debía ser Armanda Belnot, una aventurera amiga del bello Víctor y que había cumplido ya algunas condenas.

Pero ni ella ni Víctor aparecían por ninguna parte. H... había estado á punto de perecer una noche á manos de los ladrones, y él suponía que los autores eran los mismos del robo.

Un confidente dijo un día á H... que había visto á Armanda en Niza.

De ahí la presencia de H... en el baile del casino bajo el disfraz de astrólogo y todo lo ocurrido antes de explicar estos hechos anteriores.

....

Escamado por la conversación que había escuchado, por el uniforme de las máscaras rojas, H... se reservó la mujer, escriendo al jefe de la Seguridad unas líneas, con lo que esperaba que las máscaras rojas serían detenidas antes de que pudiesen robar á los dos americanos.

Pero cuando los cinco cómplices se encontraban en el camedor haciendo los honores á Limster y Maristhon, era indudable que el aviso no había llegado á su destino, y esto colocaba á H... en una situación de verdadero compromiso.

—¡Bah!—dijo H...—de otras peores he salido con bien; veremos los acontecimientos lo que dan de sí.

Del comedor se oían voces que decían:

—¡Liana!

—¡Liana!

—¡Bella condesa de Carmio!

—¡Carmio! ¡Carmio!

—De modo que aquí se llama—pensó H ..—Liana de Carmio; mi confidente me había dicho otro nombre. He aquí por qué he perdido cuarenta y ocho horas en buscarla... En fin, si los atrapo, eso es lo esencial

Entró en el comedor. Sobre la mesa había varios platos fiambres, algunos de gusto delicado, y gran número de botellas de vino.

—Pero—dijo el policía—¿dónde están los criados?

Se aseguró que los tres revólvers estaban en el bolsillo, y el policía, completamente desfigurado bajo el disfraz, hizo su entrada en la habitación.

—¡Ah! ¡ah! ya está aquí—exclamaron los americanos.

Y se levantaron para ofrecer el brazo á la reina de la pequeña fiesta.

Si estos *gentlemans* no hubiesen estado borrachos, H... pudiera haberse hecho en seguida dueño de la situación, dando á cada uno un revólver, porque había que suponer que durante el viaje en auto los bandidos les habrían quitado los suyos.

¿Pero cómo hacer comprender á los yanquis el peligro que corrían?

La borrachera lo complicaba todo; H... resolvió *in menti* dejar hacer é intervenir en el momento oportuno.

Como no respondiera á los cumplidos de los americanos, éstos murmuraron:

—Liana, ¿estáis muda?

—¿No oiremos vuestra linda voz?

Las cinco máscaras rojas, impasibles, contemplaban este cuadro.

H... comprendió que era preciso dar una explicación á este silencio.

Imitando á una persona afónica, dió á entender que no podía hablar sino en voz muy baja

—No sé, señores—dijo—; pero al salir del baile...

—¡Habéis sentido frío!

—En este país las noches son detestables.

—¡Bah!—dijo una de las máscaras rojas—si nuestra amable huéspeda está muda por ahora, á lo menos presidirá la mesa y la pediremos permiso para brindar por su salud.

—Eso está bien hablado.

—¡Viva Liana!

—¡Yo hago una apuesta!

Era Maristhon el que acababa de hablar.

—¡Yo también!—gruñó Limster.

—Yo apuesto que el *champagne* rendirá á mi huéspeda.

—Y yo apuesto lo mismo.

En la terquedad de borrachos, ambos insistían en cuál había de ser el preferido.

En lugar de tratar de calmarlos, las máscaras rojas dejaban que la cólera se fuese apoderando de ellos.

Esta discusión les entusiasmaba. Debía servir á sus proyectos. Habían cambiado miradas entre sí, que no pasaron inadvertidas á los ojos del inspector.

Maristhon y Limster se provocaban:

—No permitiré que seáis el primero, Limster.

—Eso digo yo, Maristhon.

—La apuesta será mía y juego mil libras.

—¡Yo diez mil!

—¡Veinte!

—¡Cederéis!

—¡Nunca!

—Lo veremos.

Retrocedieron tambaleándose y llevaron simultáneamente la mano al chaleco. Una misma exclamación de sorpresa soltaron ambos:

—¡Oh!

—¡Pardiez!—pensó H...—bien lo había yo previsto: ya no tienen revólvers.

Pero ellos no dieron gran importancia al hecho. En su tenacidad de borrachos, no veían sino una cosa: uno de ellos debía ceder por la fuerza.

—Boxearé con vos, Maristhon.

—Boxearemos.

Y en guardia los dos hombres, se disponían á repartirse unos cuantos puñetazos, cuando tres de las máscaras se apoderaron de Maristhon, que era el más fuerte, y los otros dos sujetaron á Limster.

H.. los dejó hacer.

En un abrir y cerrar de ojos, los dos americanos fueron amarrados de pies y manos colocados en sus sitios respectivos.

—¡Vamos! ¡vamos!—dijo una de las máscaras rojas—estamos aquí para divertirnos y no para batirnos... Hablemos ahora. Señor Maristhon, señor Limster, escuchadme: sois nuestros prisioneros.

—¡Aoh!... es una broma...

—Nada de eso; hablo seriamente, y si tenéis apego á la vida, no haced la menor resistencia. Vos, señor Maristhon, valéis, como se dice en América, doscientos cincuenta millones. En el Banco de Niza tenéis en vuestra cuenta corriente, pagables en cheques á la vista, dos millones. Nos firmáis un cheque de 1 500.000 francos.

—¡Nunca!

—Sabremos obligaros. Vos, Limster, sois menos rico que vuestro amigo: tenéis solamente 600.000 francos en depósito; sólo os pido 300.000. No lo exigimos todo porque estamos muy bien educados.

Durante este *speach*, H... acariciaba la culata de uno de los revólvers, esperando el momento en que se vería obligado á intervenir.

Bajo la amenaza en que estaban y la posición ridícula en que se hallaban, los americanos rechinaban los dientes sin pronunciar palabra.

La máscara roja que había hablado continuó:

—Comprendemos que todo lo que se hace merece reflexionarse. Mis colegas y yo vamos á dejaros solos un momento, cinco minutos. Podréis consultaros y volveremos á saber la decisión y con esto...

Los bandidos, imitando á su jefe, colocaron sus revólvers sobre la mesa; entre los cinco reconocieron Maristhon y Limster los suyos.

—Nuestra querida Liana añadirá el suyo á los nuestros.

El policía sacó del bolsillo el revólver que había cogido del dormitorio de Armanda y lo colocó al lado de los otros.

—Veis estos seis revólvers, señores; si rehusáis firmar lo que os hemos dicho, sus cañones apuntarán y cuando yo haga la señal contaré hasta 10; al llegar á este número, cada uno tendrá alojadas tres balas en la cabeza. Pero espero que, como hombres prácticos, no habrá necesidad de acudir á este extremo, ni os dejaréis influir por un amor propio estúpido. En este caso, la Policía de Niza recibirá mañana un aviso y vendrá á libertarles... Nosotros estaremos lejos y será difícil que nos encuentren. Venid, Liana; venid amigos míos; dejemos á estos honorables *gentlemans* que reflexionen.

Los bandidos abandonaron el comedor, dejando sobre la mesa los revólvers.

H... observó este detalle, que le arrancó un suspiro de satisfacción.

—¿Te sientes mal, Armanda?—preguntó el hombre que había pronunciado el discurso.

—Sí - respondió, H...—; pero salid Me quedo para decirles una palabra; te respondo que firmarán.

—Tienes razón... Mejor que la pólvora es una sonrisa de mujer. Lo esencial es tener los cheques.

V

El desenlace.

Cuando se quedó solo con los yanquis el policía, después de asegurarse de que los cinco ganapanes se habían sentado tranquilamente; cerró la puerta con viveza.

Maristhon y Limster seguían con curiosidad sus movimientos.

Entonces, H..., quitándose la máscara, apareció tal cual era.

—¡Aoh! ¡Un hombre!

—Sí, dichosamente para ustedes - dijo H... cortando las ligaduras de los prisioneros.—Tomad vuestros revólvers y ahora ayudadme á capturar á estos bandidos. No es hora de explicaciones; pero creo que no me abandonaréis.

—¡No! ¡no! ¡A muerte! — respondieron los americanos.

—No—replicó el policía.— Quiero á los hombres vivos. Yo me quedo aquí con uno de ustedes. El otro tomará el auto que está en la puerta... cuyo *chauffeur* es cómplice...

– No... es el mío – interrumpió Maristhon.

—Entonces, marchad deprisa y traed á la Policía en mi nombre.

Maristhon obedeció. H... quitó entonces la especie de barricada que había improvisado delante de la puerta y con un revólver en cada mano se ofreció á la vista de los bandidos.

—¡H...!—exclamaron éstos.

—El mismo: Pero sobre todo, nada de resistencia. sir Limster no desea otra cosa que disparar, y yo, lo mismo. Os voy á encerrar; pero antes os traeré á una compañera que os distraerá.

Y dejándolos bajo la vigilancia de Limster, desapareció, volviendo al poco rato con Armanda, perfectamente agarrotada, y diciendo:

—Esta *señora* necesita ahora que se la consuele.

....

Una hora después, bajo una buena escolta, los hombres de la banda de Víctor y Armanda, amarrados de dos en dos, eran conducidos á la prisión de Niza.

El *groom* del casino había desempeñado bien la comisión que H... le había encargado; pero llegó en ocasión en que estaban trabajando en otros asuntos... Cuando llegaron al casino, las máscaras rojas no se encontraban ya allí.

Sir Maristhon y Limster querían á todo trance que *master* H... les siguiese á América, donde se encargarían de labrar su fortuna.

—Más tarde—dijo el policía—, más tarde: cuando me retire aquí, y para entonces ya habré aprendido bien el inglés.

Pero no tuvo más remedio que aceptar un cheque de 1.000 duros, que firmaron los americanos muy gustosos por haberles salvado el inspector de aquella encerrona tan bien urdida.

Drama en Londres

Muerte de una «demi-mondaine»

No todos los hechos criminales han de ocurrir en París.

La capital de Inglaterra ha sido teatro recientemente de un sangriento crimen, y hasta la fecha en que escribimos estas líneas el autor del hecho permanece en el misterio.

El suceso ha ocurrido en un piso amueblado de Bernard Street, cerca de Rusell Square.

El viernes último, una joven elegantemente vestida, de unos veinticinco años, y muy conocida del *demi-monde*, se presentó en la citada casa para alquilar una habitación. Dió el nombre de Smith y salió.

A media noche volvió, acompañada de un hombre elegantemente vestido, y á quien parece conocen de vista las *demi mondaines* que rondan por las cercanías de Rusell Square.

Pasó el día del sábado sin que la dueña de la pensión hubiese visto á su nueva inquilina, y por la noche, temiendo que le hubiese sucedido algo, penetró en la habitación con otras dos personas. La joven estaba á medio vestir sobre el lecho, y tenía una servilleta fuertemente amarrada al cuello.

La víctima, que había dado un falso nombre y que realmente se llamaba Lily Marx, era conocidísima como mujer de vida alegre, y vivía en Londres hace tiempo.

Este crimen resulta tanto más misterioso, por cuanto recuerda otros análogos: uno en Camden Town y otro en Tottenham Court Road, y que apasionaron á la población de Londres. De uno de ellos no pudo averiguarse nada absolutamente. Como presunto autor del otro, fué procesado un elegante joven, á quien el Jurado absolvió con todos los pronunciamientos favorables, por no habérsele podido probar participación alguna en el hecho.

En Londres se teme que este nuevo crimen venga á aumentar la lista, ya numerosa, de crímenes impunes.

Una modistilla de París ha sido víctima de un brutal atentado.

Juana Dormay regresaba á su domicilio después de su trabajo cuando fué interpelada por un individuo que le hizo proposiciones deshonestas. Rechazó al importuno, y como éste insistiese, pidió auxilio. El sátiro, furioso, sacó un cuchillo, con el que hirió á la joven, no matándola gracias á que acudieron varios transeúntes.

Bandidos capturados

En nuestro último número dábamos cuenta del suceso desarrollado en el ferrocarril de Cádiz.

Tres presos, conducidos por una pareja de la Guardia civil, lograron romper sus ligaduras, y después de apuñalar bárbaramente á los individuos del benemérito Instituto y amedrentar á los viajeros que marchaban en el mismo departamento, lograron fugarse, llevándose los mausers y sembrando el pánico en los campos andaluces.

Inmediatamente se circularon las órdenes oportunas, y gran número de guardias civiles fueron destinados á la captura de los criminales.

Hoy podemos dar otra noticia, ya conocida por la lectura de la prensa diaria.

Dos de los malhechores han sido detenidos, renaciendo así la tranquilidad en las provincias de Sevilla y Cádiz, justamente alarmadas por las fechorías que habían cometido los fugados.

La noticia oficial.

Con fecha 2 del actual, el gobernador civil de Sevilla recibió un telegrama, firmado por el alcalde de Pedrera, concebido en los siguientes términos:

«Por los guardas jurados Fernández y Vergel han sido detenidos, según manifestación de los criminales, Juan Martín y Leandro Gómez.

Serán interrogados con detenimiento y daré detalles.»

Esta noticia, que circuló rápidamente por Sevilla, causó la alegría que es de suponer.

Otro telegrama oficial del fiscal del Juzgado de Pedrera al presidente de la Audiencia, decía:

«Criminales *Cojo* y Conejero, presos en esta cárcel.»

Con posterioridad se recibieron nuevos telegramas del alcalde de Pedrera, concebidos en los siguientes términos:

«*Pedrera, 2 (16,15).* —Interrogados los criminales, resultan ser Juan Martín y Laureano Gómez, que se declaran confesos, y resultan ser los mismos, pues dan detalles de lo ocurrido desde los hechos.

Los jurados están en el campo buscando un mauser que dicen han escondido.

Seguiré dando detalles.»

«*Pedrera, 22 (16,20).* —A las 15,55 me entregan mauser núm. 5.402, ocupado á los criminales, cargado con cinco cápsulas y doce ocupadas á los mismos. Ocupóseles también revólver Smith núm. 22 y cinco cápsulas.

No cabe duda son los mismos.»

La misma noche, el gobernador de Sevilla recibía un telegrama del ministro de la Gobernación, felicitándole por la captura de los dos asesinos de los guardias civiles.

En el telegrama se refería al despacho recibido del alcalde de Pedrera, dando cuenta de haber sido capturados Juan Martín Barragán (a) *Cojo de Bailén* y Laureano Conejero.

En este telegrama comunicaba el Ministro que se gratificaría á los guardas jurados.

Detalles de la captura.

He aquí lo que manifiesta el alcalde de Pedrera acerca de la captura de los bandoleros.

«—Mi hijo, acompañado de un amigo suyo, se apercibió de que junto al olivar se movía un bulto sospechoso.

Los dos tomaron precauciones montando sus escopetas, pues conocían los rumores circulados acerca de encontrarse los criminales vagando por el inmediato pueblo de Aguadulce.

Poco después, otro hijo mío los vió en las inmediaciones de la estación.

Apercibido yo por mis hijos de lo que pasaba, es decir, de que andaban dos sujetos sospechosos por el término, aun cuando sin saber, naturalmente, que eran los tales los que asesinaron á los guardias civiles, llamé, sin pérdida de momento, á los guardas jurados, recordándoles las instrucciones que ya antes les había dado, sobre la conveniencia de ejercer una buena vigilancia.

No quiero pensar en el cargo de conciencia que yo tendría si los bandoleros hubieran recibido á tiros á los guardas y me los hubiesen muerto.

Pero hay que advertir que los dos guardas jurados anduvieron extraordinariamente listos en la caza de los criminales. Si no lo hacen así, *los escabechan*.

Cerca del cruce de la laguna vieron los guardas que un individuo, que resultó ser el Conejero, salía de la choza llamada del Asturiano, situada á veinte metros de distancia de la vía férrea.

El bandido iba á pedir agua á unos aceituneros.

Con las precauciones debidas se acercaron los guardas á la choza á tiempo que salía el *Cojo*.

Le preguntaron quién era, manifestando el interpelado que un obrero que se dirigía á Málaga, en busca de trabajo.

El guarda Fernández dió vuelta á la choza sin perder de vista á los sospechosos; llamaron á un trabajador y, á ruego de los guardas, amarró á los criminales, sin que los guardas dejasen de apuntar con los mausers.

Así fueron conducidos al pueblo.»

En la cárcel.

En la prisión fueron interrogados por el alcalde. Negaron en un principio ser quienes se suponía, siendo el *Cojo* el primero que cantó de plano, rogando al alcalde que no lo entregase á los civiles.

El otro detenido se apresuró á decir que era Conejero.

El alcalde se negó á entregar los presos á la Guardia civil hasta que recibió una orden en tal sentido del gobernador.

Relatando el crimen.

Refiriéndose al asesinato de la pareja de la Guardia civil que en el tren les custodiaba, confiesan los detenidos que no medió entre ellos previo acuerdo para la realización del delito.

Fué obra del momento.

Los tres pensaban en lo mismo, eso sí; pero apenas pudieron concertarse más que por una rápida mirada, harto significativa.

A la mirada, que lo decía todo, siguió la acción, tan rápida, tan brusca, que los desgraciados guardias ni pudieron intentar la defensa, ni siquiera moverse.

Fué un instante como un relámpago.

El Herrero fué quien se apoderó del machete, mientras los otros dos sujetaban á los guardias.

El *Cojo* se produjo una herida en la mano al apoderarse del cuchillo del mauser.

¿Fué sólo uno de ellos quien agredió á los guardias, mientras los otros les tenían sujetos, ó menudearon los tres en la sangrienta faena que se impusieron para lograr la fuga?

No sólo no está aclarado este punto, sino que Juan Martín y Conejero, en las declaraciones, lo embrollan más y más.

Declarando ante el alcalde de Pedrera, dijo Conejero:

—El que dió los golpes á los guardias fué el *Cojo*.

Pero el *Cojo*, que estaba presente y que, dicho sea de paso, conserva un aplomo que ha perdido casi totalmente su compañero, replicó indignado:

—Eso no es verdad. Tú has perdido la memoria. ¿No recuerdas que nos arrojamos del tren y que el Herrero se quedó un buen rato en el vagón, sin duda para hacer... lo que hizo?

Parece esto demostrar que el *Cojo*, mucho más des-

pierto que Laureano, trata ahora de buscar para los dos la atenuación posible, cargando la culpa de los asesinatos sobre el Herrero, sabiendo que éste anda todavía en libertad y aún puede conseguir salvarse.

Interrogados sobre el lugar donde se encuentra este último, han dicho que no lo saben, y no han querido entrar en pormenores que diesen algún indicio respecto de la dirección seguida por el Herrero al abandonarles.

Lo único que se les ha podido sacar en claro es que después del encuentro que tuvieron con la Guardia civil montada, en las inmediaciones de Coronil, se vieron precisados á atravesar con sus cabalgaduras un arroyo para librarse de la Benemérita, mientras el Herrero se ocultó, y ya no se ha vuelto á verle ni á tener noticias de su persona.

La odisea de los bandidos.

«*Sevilla*, 3.—Han hecho también los detenidos muy interesantes declaraciones sobre las peripecias que han tenido que sufrir, huyendo de la persecución de la fuerza armada, desde que lograron la libertad hasta que dieron con sus huesos en la cárcel de Pedrera.

Para las marchas aprovechaban la noche y dormían de día, buscando, naturalmente, para no ser sorprendidos durante el sueño, los lugares más enmarañados.

Aun así no se fiaban, y tenían establecido un turno para que uno de los tres velase mientras los otros dos descansaban, y pudiese dar, en caso de sorpresa, el oportuno aviso, bien para emprender de nuevo la fuga, bien para defenderse con las armas si no había otro remedio.

En ocho días no han comido nada caliente. Sus penalidades aumentaban, porque los más de ellos eligieron para dormir las alcantarillas. Y no sólo no han comido caliente, sino que puede asegurarse, y ellos mismos lo declaran, que apenas han comido. Así aparecen extenuados y macilentos.»

La familia Conejero.

«*Sevilla*, 4.—No es Laureano Conejero la primera persona de su familia que se coloca, por sus hechos criminales, en situación de que el ejecutor de la Justicia se las entienda con él.

En el otoño de 1884, un tío de Conejero, hermano de su padre, asesinó y robó en despoblado, y en término de Marchena, á un convecino suyo apellidado Baeza.

La Audiencia de Sevilla le condenó á muerte. En la plaza del Ayuntamiento, de Marchena, tuvo la sentencia cumplimiento el 20 de agosto de 1885.»

Otros detalles.

Los presos, que insisten ahora en asegurar que el agresor de los guardias fué el Herrero y ellos se limitaron á sujetarles, dicen también que las noticias que han estado circulando sobre sus frecuentes tiroteos con la Guardia civil son falsas. Sólo una vez se tirotearon con ella. Las demás, apenas vieron á sus perseguidores se ocultaron.

Los dos han demostrado gran atrevimiento, pues entraron en Aguadulce y Pedrera á comprar pan, con la particularidad de que Conejero vestía traje de presidiario. Mientras tanto, el *Cojo* quedábase oculto.

Tres bandidos

Los cómplices de David, el chauffeur de Drome.

El periódico de París *Le Journal* ha enviado á uno de sus redactores á Romans para que le remita detalles acerca de los autores del célebre crimen de Drome.

He aquí lo que dice el periodista:

«Ya os he presentado á Berruyer, cuya casa de la calle Pecherie era la guarida. He hablado, igualmente, de David, que era el alma de la siniestra banda. Me queda dar algunos detalles acerca de los comparsas.

Lamarque, que ha escapado hasta ahora á las pesquisas de la Policía. Lioltard, que disfrutaba de gran reputación entre sus cómplices, y Romaim, del que juzgaron prudente desembarazarse, porque su manera de hablar era comprometedora.

Lamarque desembarcó hace diez y ocho meses en Romans. Era hombre de unos treinta años, de baja estatura y bigote negro. Se expresaba con acento gascón y se captó las simpatías entre los perseguidos de la Justicia, que abundan en Romans y en Bourg de Peage, localidad próxima. Entre estos perseguidos se encontraba David, al que había conocido en la prisión, y que tenía alquilada una habitación en 9,50 francos al mes. Esta habitación estaba contigua á la de un obrero, padre de diez hijos, y cuya hija mayor, de veintidós años, entró, por mediación de David, en relaciones con Lamarque, que la hizo su querida. Ella le presentó á sus padres, por decir él que pensaba casarse. Después, una noche de septiembre último, desapareció con él.

—A partir de este momento—dice el padre de ella—no he vuelto á verlos, y sólo he sabido, por los periódicos, la triste celebridad de su amante Lamarque. Sólo diré que, cuando vino á pedir la mano de mi hija Juana, me pareció mala persona. Me dijo que trabajaba como cordonero en la fábrica de Romans. Creí lo que me dijo y no supuse, á pesar de mis prevenciones, que viviese del robo y del crimen. ¿Qué ha pasado después? Lo ignoro. No me han escrito y no he vuelto á saber de ellos ni una palabra.

La Justicia, sin embargo, ha averiguado que dejaron á Romans antes del asesinato de Girard en Saint-Laltier, para ir á vivir á Burdeos con las rentas que le produjeran sus robos anteriores. De Lioltard es poco lo que se sabe. Era de carácter taciturno, hablaba poco y no tenía relaciones más que con sus cómplices. Su inteligencia es escasa y está dotado de unas fuerzas hercúleas y su misión en los crímenes era sujetar á las víctimas para reducirlas á la impotencia. Hace quince meses, poco después del crimen de Peyrins, se le detuvo como vagabundo. El pantalón presentaba manchas sospechosas y fué acusado de haber tomado parte en el asesinato del padre Fardy. Dos peritos examinaron las manchas y no pudieron formular conclusiones precisas y Lioltard fué puesto en libertad.

Por lo que respecta á Romaim, es originario de Romans. Al nacer le abandonaron sus padres, encargándose de su educación un obrero de Bourg de Peage.

He podido encontrar al padre adoptivo de Romaim, que ocupa una casa de modesta apariencia en Preires. Es un anciano de setenta años y se encuentra muy pesaroso de las desventuras de su hijo adoptivo.

—Hace cuarenta años nos encargamos de la nutrición de Augusto Romaim. Estuvo con nosotros hasta la edad de entrar en quintas. Le enseñé mi oficio y su conducta fué irreprochable.

Mientras cumplía con el servicio en un regimiento de línea en Montelimar, se le acusó de haber robado 3 francos á un cabo, y, como consecuencia de ello, tuvo que ir á un Consejo de guerra. Se le condenó y cumplió la condena en Argelia en la penitenciaría militar de Ain Sefra. Vuelto á Francia, regresó á casa, y volvió al mismo oficio, viviendo ocho ó nueve años con nosotros.

Era bebedor y le gustaban mucho las mujeres. Decidió no trabajar y le echamos de casa. Varias veces suplicó que le volviésemos á admitir; pero yo le rehusé siempre.»

Siguen los sátiros en Francia.

La Policía de Saint-Germain en Lage sabía que desde hace algunos días, un sujeto que rondaba por el bosque se dedicaba á actos inmorales con cuantas jóvenes encontraba.

Después de vigilar cuidadosamente, ha logrado coger *in fraganti* al sujeto en cuestión, que se llama Rogation Guyonnet, tiene cuarenta y dos años y es *chauffeur* de oficio.

En los bolsillos llevaba 550 francos.

Una ciudad flotante

Este título, que servirá á nuestros lectores para recordar una de las más famosas novelas de Julio Verne, no es hoy sino una realidad.

El escritor francés no hizo otra cosa que anticiparse á los acontecimientos.

Sin necesidad de remontarse á la época de la navegación á vela, los adelantos son tales, de algunos años á esta parte, que ni la imaginación más fantástica pudo suponer se llegasen á realizar tales progresos.

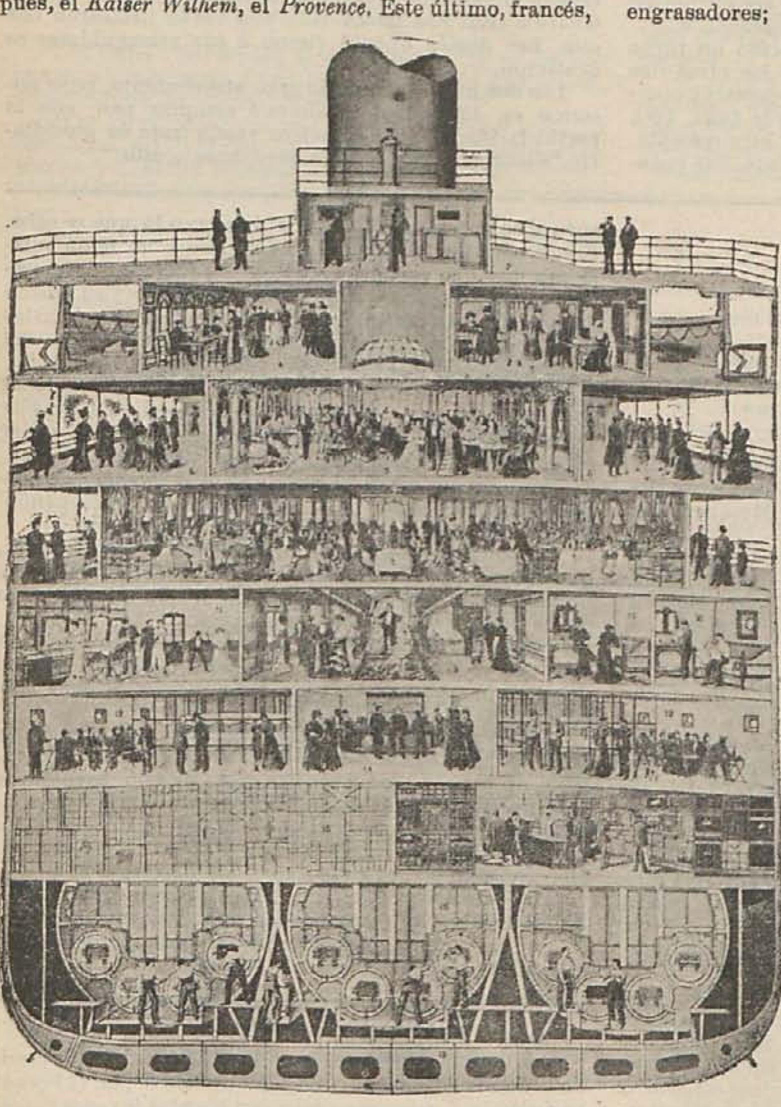
Las grandes Compañías de navegación alemanas, francesas, inglesas y americanas han establecido un pugilato para ver cuál de ellas realiza la travesía del Atlántico con mayor rapidez, economía y *confort*.

Así tenemos al *Lusitania*, que condujo de Liverpool á Nueva York en cinco días á veintidós mil pasajeros. Después, el *Kaiser Wilhem*, el *Provence*. Este último, francés, cuyo corte interior ofrecemos hoy al público, es uno de los mayores buques que hacen la travesía de Europa á América.

Para poner en movimiento este coloso, las máquinas son de quince mil caballos; cada una cuenta con veintiuna calderas. Para una travesía de seis días, consume 3.500 toneladas de carbón; es decir, la carga aproximada de cuatrocientos vagones de ferrocarril.

El citado barquito puede conducir á bordo mil ochocientas veintiocho personas: cuatrocientos cuarenta y dos pasajeros de 1.ª clase; ciento treinta y dos de 2.ª; ochocientos ocho de 3.ª y cuatrocientos cuarenta tripulantes.

Para dirigir esta ciudad flotante van ocho oficiales, comprendidos el capitán y el médico; quince oficiales mecánicos, doscientos dieciséis maquinistas, fogoneros y engrasadores; cincuenta y un contramaestres y marineros; ciento cincuenta y dos cocineros-pinches y camareros y cuatro camareras para los privilegiados que pueden costear el viaje en 1.ª clase.



El presente dibujo, que representa un corte transversal del transatlántico *Provence*, da idea, mejor que cualquier descripción, de la magnitud de estas ciudades flotantes. He aquí su distribución: 1. Timonel.—2. Puente.—3. Café.—4. Terraza del café.—5. Salón de conversación de 1.ª clase.—6. Paseo.—7. Gabinete de lujo.—8. Comedor de 1.ª clase.—9. Entrada á 1.ª clase.—10. Habitaciones de 1.ª clase.—11. Peluquería.—12. Alojamientos de 3.ª clase.—13. Restaurant de 3.ª clase.—14. Cala de equipajes.—15. Cala de mercancías.—16. Calderas.—17. Almacén de carbón.—18. Doble fondo.

Figúrense los lectores los comestibles que consumirá en un viaje todo ese número de personas.

Si todas las provisiones se encerraran en un cajón, debería tener éste 40 metros de ancho y 60 de alto y no cabría seguramente en la Puerta del Sol.

Pasemos á la carne. Para abastecer al barco, quince bueyes, trece carneros, cinco terneras, tres cerdos, dos mil pares de riñones, ciento cincuenta lenguas, trescientos jigotes, doce barriles de *foie gras*, dos mil volátiles, cien conejos, cuarenta pavos y pavas, treinta patos y mil quinientas piezas de caza-perdices, faisanes, etc.; 3.000 kilogramos de pescado, 20.000 de legumbres, 2.500 de macarrones y ¡veinticinco mil huevos!, que si se colocaran en una sola concha, debería tener ésta 2 metros de altura por uno y medio de ancho, y puestos en fila ocuparían una extensión de 1.850 metros; cuatro mil botes de conservas; 4.000 litros de leche y 4 000 kilogramos de azúcar.

Pero no es esto todo. En la cueva hay cuarenta y cinco mil botellas y medias botellas de todas clases; tres mil botellas y medias botellas de *Champagne*, dos mil de aguas minerales, mil de limonada, seiscientas de licores, y para la tripulación, 25.000 litros de vino ordinario.

Un viaje del *Provence* cuesta á la Compañía la friolera de 400.000 francos.

Vean los lectores si necesita pasajeros, únicamente para poder cubrir gastos.

PERRERIAS

Decía un filósofo, cuyo nombre no hace al caso, que el perro, desde la fundación del mundo, no había sido otra cosa que un compañero agradable del hombre, y un amigo tan fiel, que en no pocas ocasiones le había salvado la vida.

Este filósofo, muerto hace cientos de años, ignoraba que en apoyo de su tesis había de transcurrir poco tiempo sin que el hombre utilizase en su provecho las asombrosas disposiciones del citado animal.

Un ejemplo tenemos en los famosos perros de San Bernardo, salvadores de turistas extraviados; en los perros contrabandistas, que no sólo han servido á los hombres para introducir el tabaco y otros géneros de matute por las fronteras, sino para impresionar después películas emocionantes, que el bondadoso público de los cinematógrafos aplaude *á rabiar*...

Otros ejemplos de la utilidad del perro se ven á diario en los circos, donde distraen á la concurrencia y ayudan á su amo á ganarse el sustento.

Los perros policías.

La idea nació primeramente en Alemania, comprendiendo que el perro, con su inteligencia, podría prestar grandes servicios para el descubrimiento de criminales.

El ensayo fué coronado por el éxito, y otras naciones imitaron el ejemplo: primero Suiza y después Francia. En esta última nación se concedieron créditos extraordinarios y se envió personal á Bélgica para que adquiriese perros policías y estudiase el procedimiento que empleaban para su educación.

Otras provincias imitaron á la capital, y no pasó mucho tiempo sin que se organizasen concursos, distribuyéndose premios entre los policías que habían mostrado más aptitud para enseñar canes.

En España, la Policía no ha hecho aún ensayos en este sentido, y sólo casos aislados pueden citarse.

Hace próximamente dos años se cometió en Madrid un robo de importancia, en una joyería. Nuestros lectores recordarán el hecho si añadimos que el establecimiento estaba situado en la Carrera de San Jerónimo, que ocurrió por la noche á primera hora y que los dependientes del establecimiento fueron sorprendidos por los ladrones cuando trasladaban la caja, como de costumbre, al domicilio del dueño.

Lo escandaloso del suceso hizo que la prensa y la opinión, alarmadas, dirigiesen grandes cargos á la Policía, y ésta trabajó con verdadero afán para descubrir á los autores del robo.

Entre el personal que se destinó á este servicio (todo él conceptuado como el más apto), figuraban un inspector y un agente que eran de lo más inteligente con que contaba el Cuerpo, y en

Perros de la Cruz Roja francesa amaestrados en el servicio de sanidad



1. Custodiando un herido.—2. Perro con el kepis de un soldado herido indicando el hallazgo hecho.—3. Perro sanitario llevando noticias al Cuartel general de las avanzadas sanitarias.—4. Quitando el parte á un perro.

el espacio de una semana detuvieron á no pocos espadistas.

Una tarde lograron echar el guante á uno muy famoso y desconocido de la Policía madrileña, y le condujeron á la Delegación más próxima.

El sujeto (el detenido) se negó en absoluto á dar detalles de su vida, y fué conducido al Juzgado y después á la Cárcel Modelo.

Pero aquí el perro, el fiel amigo del hombre, sirvió en esta ocasión, por su misma lealtad, para perder á su dueño.

Al ser detenido el ladrón, le acompañaba una perrita, y el inspector y el agente tuvieron la idea de sujetarla con una cuerda larga y seguir sus pasos, á ver adónde les conducía.

Con efecto, la perra, después de segir no pocas calles, penetró en una casa, llamó con un aullido especial en uno de los pisos y se abrió la puerta, averiguando los policías todo lo que necesitaban respecto á la vida y milagros de los moradores.

Un perro polizonte, famoso en Madrid, fué el conocido por *Silvela*, que se hizo célebre con la captura de un criminal en el año 1902, y que, según su propietario, un guarda del Canal, ya había demostrado sus aptitudes policíacas en otras ocasiones.

Los perros sanitarios.

Todas estas aptitudes maravillosas del perro han hecho que el hombre procure asociarlo á todo aquello para lo cual él se consineraba, si no incapaz, por lo menos en condiciones de inferioridad.

Los éxitos realizados en la busca y captura de criminales hicieron pensar que tal vez podrían utilizarse con éxito en los ejércitos, especialmente en sanidad.

Sabido es que este Cuerpo lucha con no pocas dificultades para buscar á los heridos mientras dura la acción, y, aun terminada ésta, la tarea no es tan fácil, pues los ejércitos luchan ocupando varias líneas de kilómetros, y muchas veces la salvación de un herido depende de la rapidez con que se le prestan los primeros auxilios.

Alemania, cuidadosa siempre de conservar la primacía con respeto á las demás naciones, por lo que se refiere al Ejército, fué la primera que trató de resolver este problema de la busca de heridos. En 1890, dos perros, llamados *Juno* y *Mars*, fueron enseñados por orden del ministro, por el batallón de Cazadores de la Guardia. Tres años después, por iniciativa del pintor Bungartz, se instaló una Sociedad *Deutscher Verein für Sanitatshünde*, costeada por los Poderes públicos, con objeto de educar á los perros para buscar heridos. El gran duque de Bade era presidente de la Sociedad, á cuyo sostenimiento contribuían gran número de príncipes alemanes.

En 1895 se verificó el primer con-

curso con gran éxito, otros concursos se sucedieron y las naciones enviaron representantes á Oleerdallendorf donde radicaba la Sociedad, para que estudiasen el procedimiento seguido.

Cunde el ejemplo.

El paso dado por Alemania en este sentido fué seguido poco después por Inglaterra, Holanda, Italia, Austria, Suecia, Rusia y América.

Las columnas sanitarias alemanas, especie de Sociedades civiles, en cuanto á la movilización, se encargaron de buscar á los heridos, recibiendo perros con la obligación de enseñarlos y repartirlos después en los diferentes batallones.

En Holanda, el médico mayor Luanyer; en Italia los médicos comandantes Ciotola y Paroni, realizaron también experiencias en el mismo sentido; las del último citado fueron con tal éxito, que el Gobierno de Roma puso á su disposición un establecimiento para la enseñanza de perros sanitarios.

Suecia, que desde hacía algún tiempo estudiaba el caso, concluyó también por fundar una Sociedad con el exclusivo objeto de educar á los perros sanitarios.




El blank de la Academia de Infantería.

Durante la guerra anglo boer, el teniente Johannes salvó la vida á centenares de heridos que encontraron los perros y no habían hallado los camilleros.

Durante la guerra ruso japonesa, se hicieron también ensayos que coronó el éxito, siendo de notar, según la observación del comandante ruso Perdisky, que los perros, acostumbrados á los europeos, no descubrieron ni un solo herido japonés.

Lo dicho anteriormente basta para dar una idea á los lectores de la importancia de los perros sanitarios y del interés con que han seguido los progresos todas las naciones.

Programa de un concurso.

Una prueba más de la importancia concedida á los perros sanitarios por las naciones, está en los concursos organizados para estudiar los progresos de uno en otro año.

Como sería imposible relatar todos los programas, citaremos uno solo, de los muchos realizados en enero último.

«El perro, acompañado de su dueño, explorará el terreno en una extensión de 150 á 200 metros, y deberá encontrar al herido en el menor tiempo posible.

Habiéndole encontrado, deberá prevenir á su dueño llevando una pieza del uniforme ó un arma que pertenezca al herido. Después conducirá á su dueño al punto donde se encuentre el herido. El número de heridos que tenga que buscar el perro no será superior á diez.»

Estatua á un perro mártir.

Como se ve, la dificultad, según los técnicos, no está en encontrar al herido, sino en señalar dónde se halla.

En Alemania se enseña al perro á lanzar un aullido especial *(Todterbellen)*. Otros países conceptúan poco recomendable este método, porque, por la noche ó con ciertos vientos, es muy difícil orientarse. Además, con viento se corre el riesgo de no oir el ladrido. El Dr. Ciotola (el italiano ya mencionado) ha confirmado muchas veces este inconveniente, y prefiere que trabajen en silencio.

En Austria se sigue el mismo procedimiento, y en Francia se enseña al perro á que conduzca un objeto del herido, como hemos visto en el programa del concurso.

Condiciones del perro.

Admitida la participación del perro en los trabajos de sanidad militar, falta sólo saber qué raza debe preferirse y otras condiciones complementarias.

El perro no deberá ser de gran talla ni costoso de alimentar; se escogerá con preferencia entre las razas de talla mediana, que son los más resistentes á las inclemencias del tiempo y á las privaciones de todas clases.

El servicio á que se le destina exige, además, que sea de temperamento vigoroso y que posea gran olfato.

Respecto á la enseñanza, debe empezar á los ocho meses y durar tres ó cuatro, á razón de una lección de media hora ó tres cuartos de hora por día.

Respecto al equipo, será un collar con una placa ó medalla que lleve su nombre, su número y sus señas; deberá llevar una manta blanca con una cruz roja, indicando por este medio al enemigo que es sagrado, según la convención de Ginebra.

Será portador, además, de un pequeño botiquín de urgencia, que pueda ser utilizado bien por el propio herido encontrado, ó bien por el camillero que acompañe al perro.

No ha faltado quien considerase conveniente que llevara el perro ración para dos ó tres días; pero otros oponían que al perro, al ser enseñado, debe acostumbrársele á alimentarse casi exclusivamente con los residuos que encuentre por sí solo.

Cementerios de perros.

Para terminar estas líneas, digamos algo de la caridad de los hombres respecto á los perros.

En América, en Inglaterra y en Alemania existen varios establecimientos destinados á la curación de los perros, y el sentimentalismo de las señoras ha llegado á construir cementerios, donde los animales descansan, viéndose lapidas con sentidas inscripciones donde constan los hechos más salientes de la vida del animal.

Estos cementerios son en gran número, y hace poco se ha inaugurado en París una lujosa *necrópolis perruna*.

España va á la zaga en esto, aunque cuenta con un sanatorio para perros.

Un perro mártir.

Uno de los grabados que acompañan á este artículo es el de la estatua levantada en Betersea á un perro mártir.

Hagamos historia:

Un perro sufrió durante dos meses los ensayos que realizaban con él los alumnos de Medicina, y esto indignó á la población; se inició una suscripción para erigir una estatua al perro mártir, y poco después estaba representado por un sencillo monumento.

En éste se ve una inscripción que dice:

«Mujeres inglesas, ¿seguiréis tolerando que el Sur de Inglaterra sea teatro de semejantes atrocidades?»

Pero no han parado aquí las cosas. Los estudiantes, creyendo que los defensores del perro les molestaban en sus trabajos y considerahan un insulto á la ciencia la erección del monumento, se reunieron con el fin de demolerlo, no lográndolo, gracias á intervenir la Policía.

Los bandos siguen en sus trece. Aguardemos á que el telégrafo nos diga en qué quedan estas luchas caninas...

Entre carabineros

Asesinato de un sargento

Proceso sumarísimo.

Un lamentable suceso se ha desarrollado en Bilbao el día 1.º del corriente.

A las dos y media de la tarde se hallaba en el muelle de la est ción de Portugalete el carabinero Agapito Zorrilla Sáez, esperando un bote para trasladarse á bordo de un trasatlántico alemán, donde había de prestar servicio.

Aproximóse á Zorrilla el sargento del mismo Cuerpo Francisco Mendoza Sánchez, que estaba interinamente al mando de la sección, por haber cesado en el cargo el teniente Ibarra y no haber tomado aún posesión el nuevo jefe. Zorrilla comenzó á censurar al patrón de Carabineros de mar Andrés Asensio Morales, quejándose del proceder de éste. Mendoza le dijo que no podía consentir que en su presencia se censurase á un superior, y como Zorrilla insistiera, le notificó que quedaba arrestado y le ordenó que fuese inmediatamente al cuartel para cumplir el arresto en un calabozo.

Zorrilla, después de suplicar á Mendoza que le perdonase, partió con dirección al cuartel; pero á los pocos pasos se volvió, después de cargar el mauser y de quitar el tapón del cañón.

Mientras sucedía esto, el sargento Mendoza se había reunido con los cabos José Pérez y Luis Cristóbal, á los que comunicó que había arrestado á Zorrilla. Este, al volver hacia Portugalete, encontró al teniente Ibarra, al que suplicó intercediese en su favor. Este, después de enterarse de lo sucedido, ordenó á Zorrilla que obedeciese, y continuó su camino.

Zorrilla, que estaba cuadrado ante sus superiores, retrocedió dos pasos, se echó el fusil á la cara y disparó sobre el sargento Mendoza, que cayó al suelo derramando sangre por los ojos, oídos y nariz.

Se creyó en el primer momento que la bala le había atravesado el cráneo; pero reconocido, se vió que el disparo le cogió de costado: la bala atravesó el vértice del pulmón derecho y salió por el hombro izquierdo.

Zorrilla, al disparar precipitadamente, apoyó mal el fusil y cayó al suelo. Sobre él se abalanzó el cabo Pérez, para impedir que hiciese un nuevo disparo. Forcejearon durante unos segundos hasta que acudió otro cabo, y entre los dos desarmaron á Zorrilla. El cabo Pérez se causó un rasguño en una mano al quitar el machete al soldado.

En la plaza de Portugalete se produjo un gran pánico entre el público, que corrió de un lado á otro atropellándose.

Una mujer que vendía fruta en un puesto próximo, al enterarse de que un carabinero había dado muerte á otro, corrió hacia el lugar del suceso y allí vió que el asesino era su marido. La pobre mujer fué detrás de éste hasta el cuartel, llorando y lamentándose.

Zorrilla al entrar en el calabozo entregó el tapón del fusil al cabo Pérez y le dijo:

—Tenga usted el tapón, para que vea que he matado al sargento con premeditación. En el fusil encontrará usted el cargador con un cartucho menos. Lo hecho, hecho está. Ese hombre me ha engañado, y yo no me arrepiento de haberle dado muerte; que me fusilen cuanto antes.

Mientras Zorrilla daba esta prueba de serenidad, en otra habitación su esposa se deshacía en llanto.

La desgraciada está en vísperas de dar á luz y tiene dos hijos, de seis y siete años, uno de ellos idiota.

El sargento Mendoza tenía á su mujer con dos hijos en Cádiz.

Instruyó diligencias sumarísimas el primer teniente de Carabineros D. José Meseguer.

El gobernador militar estuvo en Portugalete para informarse del suceso.

El cadáver de Mendoza fué conducido al cementerio.

* * *

Se ha cumplido la sentencia. El Código penal militar tiene rigores de acuerdo con la disciplina, que somos los primeros en acatar. Obra de un alucinado ó de un cuerdo, no cabe ya otra cosa que rezar un padrenuestro por el difunto. ¡Descanse en paz!

El decapitado misterioso

IV

El drama.

El señor Z. pensaba en el carruaje acerca de su descubrimiento. Y es que el policía sabía á qué atenerse sobre el valor de las cosas. Evidentemente, el descubrimiento del botón encontrado era de gran importancia.

Era el grano de arena que serviría para coronar el edificio.

El botón que llevaba el nombre de Werman, sastre ó fabricante de Bruselas, podía muy bien no ser de utilidad alguna; pero sin embargo ..

Al día siguiente, M. Z. desembarcaba en la capital belga, provisto de recomendaciones para el jefe de la Policía, al que se presentó inmediatamente.

Uno de los mejores *detectives* fué puesto á disposición del inspector francés, y poco después encontraron la dirección de Werman. Era un sastre

Había alguna esperanza. El comerciante daría la lista de sus clientes, y haciendo las selecciones necesarias, se podría encontrar al que en París había dado probablemente un nombre supuesto.

Pero al llegar á la dirección indicada, supieron los dos policías, el francés y el belga, que hacía seis meses que Werman había salido de Bruselas.

Afortunadamente, los cambios de residencia en Bélgica se llevan con gran escrupulosidad.

Al salir de Bruselas, Werman había manifestado que se establecería en Berlín, para trabajar como primer cortador en una importante casa.

—¿Habrá que ir á Berlín?—se preguntó Z.

No se podía abandonar esta pista sin haber visto á Werman.

En lugar de escribir á París, decidió marchar á este punto. No podía cargar sobre sí el gasto, ni perder el tiempo en correspondencia. Era mejor dar cuenta á su jefe de sus pesquisas en Bruselas.

En el mismo departamento en que subió iba un hombre grueso, con una pipa de porcelana, lanzando espesas bocanadas de humo, hasta el punto de que el inspector, á pesar de ser gran fumador, pidió permiso á su compañero de viaje para abrir un poco las ventanillas.

El viajero hablaba mal el francés; sin embargo, se podía hablar con él.

Se hizo conocimiento. El viajero se llamaba Peterboom, era natural de Holanda y habitaba en Gante, donde poseía una *charcuterie*. Se dirigía á París.

Para el viaje había recogido de su establecimiento un verdadero cargamento de provisiones: *pate foie-gras*, salchichón cocido, etc., etc.

Cuando terminó con la pipa se puso á comer, y Z., que no había tenido tiempo de hacerlo, se puso también á tomar un bocado. Había comprado en la estación de Bruselas un pollo, queso, pan y una botella de vino blanco.

Peterboom llevaba cerveza, pero el vino de su vecino le tentaba.

Al masticar sus fiambres, echaba una mirada de envidia al policía.

Muy amable, ofreció á Peterboom un vaso de vino.

El holandés aceptó con entusiasmo, y para corresponder, ofreció á Z. de sus fiambres.

—Por una vez...

—Gracias, señor Peterboom; tengo bastante con lo que he comido ya.

– Coméis poco—dijo el gordo con la boca llena.

Pero el holandés se creía obligado á hacer una fineza y desdobló un periódico para dar el inspector algo selecto, presentándolo á su compañero de viaje.

—Puesto que no aceptáis ningún bocado, me haréis el honor de aceptar este curaçao, *es legítimo de Holanda.* No esperéis á que acabe de comer Bebed un vaso, y otro y todos los que queráis... cuando termine, beberemos juntos.

El policía no podía rehusar una oferta hecha con tanta insistencia. Tomó el periódico, lo desdobló y echó una mirada sobre lo impreso.

El francés se habla mucho en Holanda y mucho más, como es natural, en Bélgica.

El periódico que miraba el policía estaba escrito en francés.

De pronto, Z. se quedó mirando fijamente al papel. Un título escrito en gruesos caracteres había llamado su atención. Decía así:

«DOBLE DESAPARICIÓN MISTERIOSA.»

Buscó el título del periódico, pero había sido arrancado.

Peterboom seguía con curiosidad los movimientos de su compañero

—¿Qué es lo que buscáis? ¿Un sacacorchos? Tomad.

—No – respondió el policía—; busco el título de este periódico.

—En la *Gazette de Gand*... Lo he comprado porque daba detalles de un asunto misterioso.

—¿Qué asunto?

—Una historia bien extraña... Mme. Sudman, á lo que parece, había desaparecido con M. Lerton, y como éste no ha aparecido, dejando abandonados sus negocios... y que la Sudman, se había suicidado en Londres...

—¿Qué hacía M. Lerton? –interrogó Z, á quien la historia interesaba, como buen policía.

—Era usurero... sí... En el periódico se dice que había prestado dinero á Sudman hace tiempo... y que había renovado los pagarés .. lo que supone...

—Sí; ir duplicando la deuda.

—Entonces...—continuó Peterboom, que notaba el interés de su compañero –; pero descorchad la botella.

Z. lo hizo.

—Entonces... un día Sudmam llegó á deber 10.000 francos á M Lerton... por una deuda que había empezado por ser de 1.000 francos... y Sudman, que empezaba á ganar algo en sus negocios...

—¿Cuáles?

—Es escritor... cuentista y novelista.

—¡Ah! y este Sudman...

—Vos tenéis en francés una palabra para decirlo.

—¡Equivocado!

—No.

—Seguid, os lo suplico, señor Peterboom.

—En fin, la mujer de Sudman marchó con Lerton.

—¿Y el marido?

—El periódico decía que había jurado vengarse terriblemente... Pero bebed curaçao. ¿Qué puede importaros esta historia, que sólo sirve para entretener un rato?

Z no era de la opinión de M. Peterboom.

Encontraba en la doble desaparición de Lerton y madame Sudman, en las amenazas de éste .. en las cantidades debidas por el engañado al seductor... los elementos de un drama interesante y además el nombre de Lerton le parecía conocerlo.

Sacó la cartera y con el lápiz se dedicó á hacer combinaciones que intrigaron á Peterboom.

De pronto exclamó el policía:

—¡Dios mío! ¿Será posible?

—¿Qué?

—Encontrar á *mi* asesino.

—¿Buscáis á un asesino?

—Sí, señor Peterboom, y habéis jugado en este drama el papel de dedo de la Providencia...

—¡Ah! ¡ah! – dijo el holandés, á quien no desagradaba la frase.

—Ved... Lerton.. L.. e.. r.. t.. o.. n.

—Ya lo veo.

—Y bien, hacen Nertol... Tolner... Nolter... Lotern...

—Sí, sí – dijo Peterboom—; pero...

—Y también *Tonler*.

—Es verdad.

—Y he aquí, mi querido señor, por qué no os acompañaré hasta París y por qué voy á tomar el primer tren de Gante. Os apuesto ciento contra uno á que tengo el hilo del asunto.

El exprés llegaba á Mons.

Z. saltó del coche, después de saludar á Peterboom, á quien dejó absorbido de nuevo con su *charcuterie*, y sin decir otra cosa que:

—Asesino... Tonler... Lerton... el hilo del ovillo... Bebamos un trago...

V

Se descubre el misterio.

Al llegar á Gante, el policía telegrafió al jefe de la Seguridad pidiendo permiso para continuar sus gestiones en Bélgica. Después envió más notas detalladas de su trabajo.

«Creo – decía—que no hay que descuidarse para desentrañar el misterio. Pienso que en Gante podré comprobar si Tonler y Lerton son una misma persona...»

Lo primero que hizo el policía en la población nombrada fué adquirir detalles acerca de Lerton.

Supo que el usurero era un hombre flacucho, rubio... cuyas señas coincidían perfectamente con las del cadáver encontrado en la calle de Envierges.

Adquirió además algunos detalle importantes acerca de las relaciones entre Lerton y Sudman.

Desde hacía muchos años, Sudman, que vivía de su pluma, debía una importante suma á Lerton.

El usurero había prestado con intereses enormes, de suerte que el desgraciado escritor se veía comido por los intereses.

De renovación en renovación, el crédito ascendía á 10.000 francos cuando Sudman se casó.

El escritor y su mujer se adoraban; habían hecho un matrimonio de amor, sin inquietarse para nada del lado penoso de la vida material.

Sudman tenía talento y empezaba á ser conocido.

En este momento intervino brutalmente Lerton. Exigió el reembolso de su dinero y se opuso á todo plazo nuevo. Para Sudman esto era la miseria.

Su mujer fué á ver al usurero. Ella ignoraba lo que iba á suceder. Cuando la vió á sus pies, le hizo una declaración en toda regla.

Loca, queriendo ante todo salvar al hombre que amaba, la mujer de Sudman cedió á los deseos de Lerton.

¿Qué pasó después? No pudo saberse.

La señora Sudman había desaparecido después de una violenta escena con su marido, y como Lerton había desaparecido también, se supuso que ella había preferido el deshonor á vivir en la miseria

En Gante no se sabía más. Por los periódicos de Francia se había sabido la siniestra tragedia de la calle de Envierges; pero como consignaban pocos detalles, nadie, salvo el inspector, había podido suponer que hubiese relación entre ambas cosas.

Cuando estuvo bien informado, el policía fué á casa de Sudman. El pretexto para entrar en ella fué fácil.

Z. se presentó como novelista francés.

—He leído—dijo—muchas de vuestras obras y deseo que me autoricéis para traducirlas.

Sudman le escuchó sin entusiasmo Estaba sombrío, preocupado, nervioso.

Se hubiese dicho que la visita le molestaba.

Efectivamente, el policía le miraba con una atención capaz de desconcertar. Había visto los dedos del escritor, y se asemejaban en un todo á las huellas impresas en la

carta sangrienta, y tuvo la intuición de que se encontraba en presencia del asesino.

En la mesa había unas cuartillas, cuya redacción había interrumpido para recibir á su visitante, á quien creía un colega, y vió en el papel una J de forma análoga á la que había visto en la carta sangrienta.

Su intención era hacer hablar al escritor acerca de la fuga de su mujer; pero cambió de idea, creyendo que por un ataque brutal podría saber la verdad más fácilmente.

Hablando de las condiciones en que se encargaría de la venta en París de las obras traducidas por Sudman, abrió la cartera y sacó la fotografía de la carta.

—Tened—dijo—; un novelista de vuestro mérito encontrará en un suceso que acaba de desarrollarse en París materia para escribir. Es un documento curioso.

Y desdobló el papel, siguiendo con el rabo del ojo los movimientos de Sudman.

El escritor retrocedió y quedó completamente pálido.

—¿Sois vos el que ha escrito esto, eh?

—Sí, ¡y qué! Esto no os importa.

—Sudman, yo os detengo.

—Intentadlo—gritó con rabia el escritor.

Se entabló una lucha desesperada. Z, era fuerte; pero la desesperación de Sudman duplicaba sus fuerzas. Por último, Sudman quedó vencido.

—¡Oh!—dijo—os lo suplico... me rindo...; pero dejadme poner en orden mis papeles. Tengo un manuscrito donde explico mi crimen... Os lo diré todo.

El miserable que ha deshonrado á mi esposa ha causado su muerte como consecuencia de los reproches que la dirigí por el comercio crapuloso á que se había entregado... mi pobre mujer partió y recibí una carta en que me anunciaba su fatal determinación de no sobrevivir á la afrenta recibida... Se mató en Londres.

Entonces, he querido vengarme... busqué á Lerton y me enteré de que se había marchado y que se ocultaba en París... Entre su clientela había muchos eclesiásticos...; uno de ellos, pariente suyo.. Me disfracé, y, gracias á eso, fuí recibido en la calle de Envierges por el bandido, que se ocultaba bajo el nombre de *Tonler*.

Todo cuanto hice fué por despistar á la Policía.

No es que tuviera miedo al castigo... Quería solamente saborear largo tiempo mi venganza y por eso corté la cabeza del inmundo usurero.

Aquí tengo la cabeza, en un frasco de alcohol, y cada día, evocando el recuerdo de mi amada, miraba la mueca que había hecho Lerton ante el puñal justiciero. Aquí está la cabeza, miradla.

El escritor abrió un armario. Sobre una de las tablas estaba el frasco, en cuyo interior se hallaba la cabeza del asesinado.

El escritor dijo:

—¡Ah! ¡canalla! ¡bandido! Al fin te he hecho sufrir... ¡Asesino... ladrón de mi amor!

Sudman se retorcía convulsivo.

El inspector cerró el armario y prestó auxilios al hombre, que había caído al suelo. Pero todo fué inútil, una ultima convulsión y quedó rígido. El agente apercibió un objeto de cristal.

—¡Dios mío! ¡se ha matado!—y luego, añadió:—Desde todo, más vale así!

Venganza en el tren

El último abrazo

En Nueva York habían contraído matrimonio el millonario Mr. Vaninghen y la bella y gentil miss Rorhes, de aristocrática familia.

La ceremonia fué un suceso ruidoso en la alta sociedad, y los desposados emprendieron un largo y pintoresco viaje de novios por distintos Estados de América.

Mr. Veninghen era feliz, y miss Rohres mostrábase tan satisfecha, que había olvidado hasta los días más felices de su vida, aquellos días, aun no lejanos, en que había prometido amor eterno á Mr. Beauvre: un muchacho apuesto, galante, de charla amena, con el que estuvo á punto de unirse para siempre.

En una población de Luisiana, los jóvenes y felices esposos habían tomado el tren, ya en viaje de regreso, y á las pocas horas, en una estación inmediata, subió al mismo coche un hombre elegante, que saludó á los viajeros con ceremoniosa inclinación.

—¡Mister Beauvre!—exclamó Vaninghem.

—Mister Beauvre, efectivamente—replicó el recién llegado tendiendo la mano á su exnovia y á Mr. Veninghen.—Les he visto á ustedes durante su viaje varias veces, porque yo también viajo desde hace unos días; pero no he querido interrumpir el idilio.

Y al decir esto, como si en nada le afectara, el desdeñado galán sonrió.

—No les pregunto cómo les ha ido en el viaje de novios—añadió Mr Beauvre—, porque lo supongo.

—¡Muy bien, muy bien! respondió miss Rorhes, respirando tranquila al ver la actitud indiferente de su antiguo novio.—Somos muy felices. ¿Verdad que somos muy felices?

Y para corroborarlo, miss Rorhes, en un arrebato de pasión ó un refinamiento de crueldad femenil, abrazó á su esposo.

—¡Fuerte, más fuerte!—gritó Beauvre riendo como un loco, al mismo tiempo que oprimía el gatillo de su revólver.

Sonó una detonación; cayó sin vida el infeliz esposo, y Beauvre, lívido, tembloroso, aunque aparentando serenidad, dijo á la bella dama:

—¡Era demasiado, señora! Había usted jurado no abrazar á más hombre que á mí.

Los viajeros sujetaron al agresor y acudieron en auxilio de la joven viuda, que acababa de perder el conocimiento.

El agresor, rechazando á quienes le sujetaban, se aproximó á miss Rorhes y la besó con pasión en la frente.

—Ahora—dijo—, entregadme á las Autoridades. ¡La amaba mucho!

En pleno misterio.

El crimen de Steinheil.

Continúa la Policía parisiense ignorando lo que se refiere al crimen cometido en la persona del pintor Steinheil.

La mujer de la víctima parece conceder una importancia extraordinaria á la llamada pista de las *levitas*. La viuda se inclina á creer que los asesinos de su marido y su madre son gentes que se ocultan en alguna secta y en las que reina tal solidaridad que es imposible encontrar á nadie que los denuncie.

M. Hamard, el jefe de la Policía, no está lejos de ser de la misma opinión de la viuda, y lo prueba el hecho de haberle mostrado diversas fotografías de personas que por sus actos y su situación moral en la secta sospechosa, se cree pueden haber tomado parte en el atentado, ó, por lo menos, haber preparado su ejecución.

Una pista nueva se ha indicado recientemente. Se dice que días antes del crimen, un desconocido visitó el estudio de Steinheil para pedirle un retrato al lápiz de Fallieres, diciendo que era para un álbum que contenía ya infinidad de celebridades. La misma Mme. Steinheil condujo al desconocido al estudio, y ella se irritó con las impertinencias del visitante.

—Paciencia, señora—dijo éste—; pronto se ocupará la prensa del mundo de vuestro marido.

Ella está persuadida de que el visitante misterioso es el instigador del crimen que realizaron tres hombres y una mujer.

¿Se encontrará á este visitante?



Después de esa conversación, que duró una hora, el alguacil se dirigió á la Inquisición, enseñó al carcelero una orden de José sellada con el sello inquisitorial para que le dejaran penetrar en el calabozo de Juan de Avila, áfin de *probarle*, como se practicaba algunas veces en las cárceles del Santo Oficio.

Dejáronle entrar; entregó al religioso la carta de José, y después de haber permanecido una media hora en el calabozo, se fué á casa del presidente del Consejo de la Suprema. Juan de Avila había escrito una carta al presidente en su calabozo con un lápiz que le había suministrado Coco, el cual la puso en manos propias, y después volvió á sus negocios.

José se dirigió á la Garduña.

Continuemos ahora nuestra relación en donde la hemos dejado.

Estamos en la sala de la audiencia del palacio de la Inquisición. A nuestro alrededor está aún el mismo aparato lúgubre que se despliega en tales circunstancias. Sólo desde la mañana ha circulado la voz en la ciudad que la sesión será pública, y que todo el público tendrá la libertad de asistir.

Grande ha sido el rumor entre el pueblo, y más de uno ha dejado sus trabajos para asistir desde mucho tiempo antes de la hora prefijada al palacio de la Inquisición.

¡Era tan raro obtener semejante favor!

Las audiencias del Tribunal, cuya organización no se asemejaba á ningún otro, y que procedía casi sin regla ni sin orden, según el libre albedrío ó el capricho de cada inquisidor; estas audiencias, digo, cuyo favor estaba reservado á los *amigos* de la Inquisición, eran casi exclusivamente el espectáculo habitual de los frailes y de los grandes *familiares*.

Esta vez también Pedro Arbués había cedido á la influencia de los pérfidos consejos de su favorito, haciendo pública esta sesión en que debía comparecer el amigo del pueblo, el *santo* venerado de los sevillanos, el consolador de las almas afligidas, el padre de los pobres y de los oprimidos.

Un inmenso gentío circuía el palacio desde mucho tiempo antes de la hora; y no sólo había asistido el pueblo en esta solemnidad, sino familias enteras de ricos hidalgos, sorprendidos de semejante proceso, y curiosos de ver de qué crimen se acusaba á un hombre que era el modelo de todas las virtudes.

En el momento en que se abrieron las puertas, la multitud ávida se precipitó en la sala del Tribunal, que en un instante estuvo llena. Muchos se vieron precisados á quedarse fuera; un gran número en la calle y en los alrededores, aguardando con ansiedad el fin de la sesión, para saber más pronto, por boca de los primeros que saliesen, el resultado de la sentencia inquisitorial.

Toda Sevilla estaba conmovida como por un grande y fatal acontecimiento.

Seducido también esta vez Pedro Arbués por las insinuaciones de José, se había excedido con el verdadero espíritu público, como suelen abusar casi siempre los poderosos de este mundo.

Cuando se sentó en su sillón de presidencia, Pedro Arbués tenía una fisonomía resplandeciente, que revelaba sus sensaciones interiores; consolábase hasta cierto punto de haber perdido á Manuel Argoso y á Dolores, con la esperanza de condenar á Juan de Ávila.

No se le escapó á la asamblea lo que indicaba el rostro del inquisidor, y el odio general que le tenía aumentóse en ese día, á medida que era venerado el apóstol, que compareció muy pronto.

Su ademán, sin ser orgulloso ni altanero, tenía una majestad infinita, y una tranquilidad evangélica se notaba en su rostro, apenas alterado en los ocho días de sufrimientos y reclusión. Tenía en la frente la gravedad dulce pero enérgica de verdadero pastor del Evangelio, y al verle adelantarse en medio de la sala con la libertad y sencillez de la inocencia y de la fuerza, llevando las cadenas como otro habría llevado un cetro, al verle dirigir alrededor suyo una mirada serena, dulce y paternal como cuando visitaba á sus pobres y fijarla por fin en el Inquisidor, que á pesar de su audacia, no pudo sostener esa mirada acusadora, habríase dudado cuál era el juez entre Pedro Arbués ó Juan de Ávila, si éste con la más tierna humildad no hubiese ido á sentarse en el banquillo, en donde aguardó que le interrogasen.

Pedro Arbués, dejando á un lado las formas ordinarias, sin preguntarle su nombre ni edad, sin proceder con orden ni método, como debía hacerlo, le dijo en tono seco:

—Levantaos.

Conociendo luego que esta sequedad era impropia de su carácter de inquisidor, repitió con afectada dulzura:

—Levantaos, hermano mío, y respondedme.

Juan de Ávila se levantó ostentando toda su noble y bella talla.

Todos los corazones estaban suspensos, y á pesar de la presencia de los inquisidores, las palabras que se decían en voz baja y el murmullo general atestiguaron la simpatía del pueblo.

—Hermano mío—prosiguió Pedro Arbués—, nuestro celo por el servicio de Dios no puede permitirnos olvidar que vos sois uno de sus ministros y que vestís el traje sagrado de los levitas; pero por esto mismo también nuestra responsabilidad es mayor, y no debemos tolerar en vos la menor cosa que tienda á alejar á los demás de la estricta observancia de los santos cánones que son el código de la Iglesia.

—El código de la Iglesia cristiana es el Evangelio—respondió sencillamente Juan de Ávila.

—Los Concilios han hecho adiciones á ese código—replicó el inquisidor—; la Iglesia de Jesucristo bien tiene el derecho de continuar la obra de su divino maestro.

Juan de Ávila no contestó; el inquisidor había aguardado una respuesta, contaba cogerle insidiosamente por sus propias palabras; y se engañó.

—Hermano mío—prosiguió Arbués—, encargado de una misión santa, encargado de guiar y de dirigir las almas por medio de la predicación, ¿por qué tendéis á descarriarlas propagando las doctrinas de los innovadores? ¿Sabeis que es un crimen de leso catolicismo?

—¿Es esto, pues, de lo que me acusan?—preguntó Juan de Ávila.

—Es que este es vuestro crimen, hermano mío, ó más bien vuestro error—añadió Pedro Arbués con fingida moderación.

El inquisidor hizo otra pausa; pero tampoco esta vez contestó Juan de Ávila.

—Vos habéis dicho en el púlpito—prosiguió el inquisidor—que Dios es igualmente bueno para todos y que esparce igualmente sus beneficios sobre los justos y los pecadores.

—No soy yo quien ha dicho esto—respondió el apóstol—; es Jesucristo, que no solamente lo ha probado con sus palabras, sino que también con sus acciones.

—Jesucristo ha lanzado el anatema sobre los impíos y sobre los herejes—replicó Pedro Arbués.

—Jesucristo no ha anatematizado á nadie, monseñor; sólo ha acusado, sólo ha reprobado á los hipócritas; los que cubrían sus vicios con capa de la devoción y de la virtud; á los que bajo un rigorismo exterior ocultaban torpezas groseras: ésos son los que Jesucristo ha anatematizado, mi señor. Los demás, los extraviados ó los arrepentidos, los ha cargado sobre sus espaldas, los ha recibido y enfervorizado en su seno con el calor vivificante de su santo amor y de su divina caridad.

El auditorio escuchaba con profundo recogimiento; el apóstol dominaba á la asamblea con toda la altura de su sublime moral.

Pedro Arbués perdía su audacia y principiaba á arrepentirse de haber dado á esa audiencia semejante publicidad.

Con todo, reanimándole la astucia del inquisidor, continuó con tono sereno, lento y solemne, fingiendo la dulzura y la humildad con todos los esfuerzos de su voluntad altanera é indomable.

(Continuará.)

En un Tribunal francés.



El presidente.—¡Acusado! ¿Tenéis algo que añadir para vuestra defensa?

El acusado. – Que se me conduzca pronto á la prisión, para no perder la hora del rancho.

Asesinato frustrado.

Un crimen con todas las agravantes se ha registrado recientemente en Francia.

El asesino es un tal Francisco Nicou, de veinticinco años, que desde hacía ocho días se hallaba al servicio de M. Rumeau, que vendía tabaco y café en un establecimiento de su propiedad.

En el año 1898, el hoy criminal llegó á París, colocándose en un establecimiento de bebidas que poseían los referidos esposos, y á los dos meses fué despedido.

Diez años habían transcurrido, cuando el antiguo dependiente se presentó de nuevo, solicitando ser admitido, y el matrimonio le recogió por lástima.

Esta última vez, el sirviente se dedicó á estudiar la casa, las entradas y salidas y la cueva, y hace ocho días, ya con el plan bien meditado, solicitó permiso para ir á pasar unos días en Lyon.

Le fué concedido, y el criado, en vez de ausentarse, anduvo por las calles de París hasta que llegó la noche, y sin ser visto del portero, logró entrar en el patio de la casa y desde allí pasó á la cueva, ocultándose en un rincón hasta que llegase la hora de realizar el crimen.

La dueña de la casa y la criada no se recogían hasta la media noche, y para subir á sus habitaciones pasaban por la cueva, cosa que sabía el criminal, que por eso se había ocultado. Como estaba previsto, á las doce sintió pasos el asesino, y con un martillo en la mano derecha y un cuchillo en la izquierda se lanzó sobre las dos mujeres. El golpe no fué tan certero como deseaba: dió un martillazo de refilón á la dueña, que logró subir las escaleras de la tienda y pedir auxilio, y á la criada la hirió en la cabeza y en el antebrazo izquierdo gravemente con el cuchillo.

Al presentarse la Policía, no opuso resistencia, confesando cínicamente que había ideado el crimen para aprovecharse después del dinero que hubiese.

Advertencia

Rogamos á nuestros suscriptores, para evitar trastornos á la Administración del periódico, tengan en cuenta:

1.° Que el tiempo mínimo de suscripción es de tres meses.

2.° Que la suscripción se considerará continúa indefinidamente, en tanto no se reciba aviso del suscriptor en contrario.

3.° Que los avisos de baja han de darse necesariamente **con quince días de anticipación** á la fecha en que termina la suscripción.

Dirigid la correspondencia á las oficinas del **Museo Criminal:** San Mateo, núm. 11 duplicado, bajo. Apartado de correos número 445.

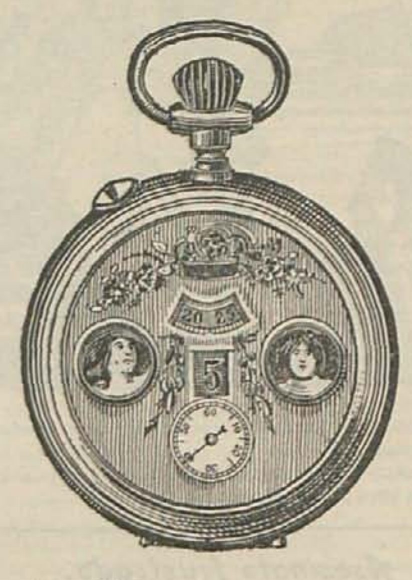
Siempre que se escriba con alguna reclamación, debe acompañarse una faja del periódico.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59.— Madrid.

Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.





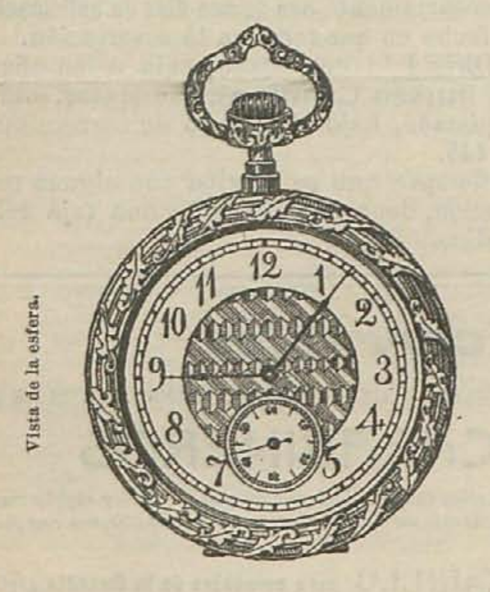
En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.



Vista de la esfera.



Vista del dorso

El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal simil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.— Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia. — Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, basta la estación más próxima.— **No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316